

El libro del trimestre

Jacqueline KASUN, *La guerra contra la población.*

Editorial Arias Montano. Fundación Adevida. Madrid, 1993, 231 pp.

Pablo López López. Miembro del Instituto E. Mounier.

Aunque se fuese un despreocupado de los masivos atentados que sufre la vida y la dignidad de la persona en todo el orbe, bastaría ser sensible a la belleza de la argumentación sutil, amplia, sólida y desencubridora de grandes sofismas sociales para apreciar al máximo esta obra. La versatilidad y el alcance de los razonamientos y de la exposición de datos en el libro de esta profesora de economía de la Universidad Humboldt en California resultan únicos en el panorama de la réplica al antinatalismo eugenésico internacional. Aun a riesgo de parecer exagerado en el encomio, me siento en la obligación de presentar la lectura de *La guerra contra la población* como imprescindible, en la medida en que lo sea una lectura, para cualquier personalista o persona comprometida con la suerte del hombre sobre la tierra. No obstante, tal reconocimiento no me impedirá señalar un rasgo algo desequilibrado en el escrito de la Dra. Kasun.

El primero de los ocho capítulos se dirige ya al meollo del problema, *el dogma no revisado de la «superpoblación»*, de que hay o habrá demasiada gente en el mundo en relación con los recursos disponibles. La predicción de Malthus (1798), una y otra vez desmentida por los hechos y de la que él mismo se retractó significativamente, sirve de base para la tercera publicación regular de volúmenes acerca de la «superpoblación» que no hacen sino repetir hipótesis. Todo, con vistas a justificar un férreo control estatal sobre la población.

El segundo capítulo desarrolla la discusión confrontando la metáfora antinatalista del mundo como *un bote salvavidas de límites absolu-*

tos de recursos a la noción económica de escasez, por la que los recursos son siempre escasos en relación a la demanda que los seres humanos hacen de ellos. En confirmación de esta noción de escasez los límites están muy alejados de nuestro nivel presente de uso, hasta resultar casi invisibles, y se distancian más según avanza el conocimiento. Sin menoscabo de estos hechos, la percepción de escasez económica puede aumentar a la par de la mejora en bienestar, debido sobre todo a que la mayor parte de la humanidad vive en condiciones de apiñamiento por la necesidad de trabajar juntos. Aunque disculpables por su ínfimo caudal de datos al respecto, ya Confucio, Platón, Aristóteles, Tertuliano y San Jerónimo se preocuparon por el exceso de población. No deberíamos caer en errores similares. Económicamente la humanidad, su trabajo e ingenio, es una fuente de riqueza y no un simple cúmulo de bocas parásitarias. La producción mundial de alimentos ha crecido con notable mayor rapidez que la población en las últimas décadas. Las limitaciones de recursos radican en las estructuras sociopolíticas y económicas de los Estados, no en límites naturales absolutos inminentes. Son un problema humano de reparto y no un problema de la naturaleza. Por otro lado, la ruptura ambiental sólo está indirectamente relacionada, —y ligeramente, si lo está—, con el tamaño y crecimiento de población. Ni mucho menos el deterioro estético, ni la congestión del tráfico ni el crimen acompañan ineluctablemente al crecimiento de población. En general, el crecimiento de población no comporta malos efectos económicos, y entre países en desarrollo

un crecimiento de población más rápido suele asociarse a un crecimiento más rápido de renta.

El capítulo tercero se centra en el enfrentamiento entre *planificación*, estatal o de grandes instituciones privadas de burócratas, y *mercado*, que incluye la libre decisión de las familias. Las familias se autorregulan mejor de lo que los ámbitos burocráticos pueden regularlas. Así, las familias, tanto en países ricos como en países pobres, limitan su procreación de acuerdo con su salud e ingresos. Las familias de países menos desarrollados son más fértiles porque los hijos suponen un esencial respaldo familiar socioeconómico, y muchas veces no tienen todos los que quisieran. A medida que progresa la economía, el crecimiento demográfico desciende. La familia tiene más motivos para esmerarse en planificarse ella misma correctamente, ya que cuenta con mucha menos posibilidad de trasladar a otros el coste de sus errores. A su vez, la economía de mercado establece restricciones que inducen a autorregularse. En cambio, los fuertes programas de control de población pueden haber reducido la fertilidad, si bien ésta ya estaba decreciendo, pero, según consta, no han aumentado la renta. Los tecnócratas antinatalistas pueden disponer libremente de recursos a costa de los ciudadanos, que pagan sus impuestos y las consecuencias negativas que con frecuencia se derivan. Aquí detecto el punto débil de Kasun. No por lo que achaca a los planificadores público «libre mercado», sobre el cual se muestra acrítica, tal vez por subrayar la contraposición. De ahí que se extrañe de que el más ferviente planificador antinatalista sea EE. UU., el supuesto paladín del libre mercado. Sin embargo, es este fingido «libre mercado» el que ha generado la vanguardia de las instituciones que dirigen el antinatalismo mundial, manipulando incluso los mismos gobiernos.

La acción exterior de los EE. UU. en el control de población, que es con diferencia la mayor, aglutina el cuarto capítulo. Se ilustran numerosos ejemplos como los de India, Indonesia, Irán, Tailandia y el más espeluznante de China, a la que la Agencia Internacional de Desarrollo

(A.I.D.) de los EE. UU. indirectamente y el Fondo de las Naciones Unidas para la Población de modo directo han apoyado en el programa de familia-de-un-hijo con aborto y esterilización forzados e infanticidio. Tal acción criminal, proclamada además como libre, suele ser coactiva al imponerse a cambio de ayudas necesarias y genera rechazo hacia los EE. UU.

Llegamos en el capítulo quinto a la filosofía del movimiento antinatalista que se dirige con gran ambición a *una educación sexual* en todos los niveles desde los más básicos. Esta peculiar «educación sexual» se absorbe obsesivamente en la planificación familiar radical que porte a hacer tolerable cualquier intromisión en la propia vida privada. Con este propósito se presenta como socialmente inadaptados y psíquicamente trastornados a quienes quieren tener hijos. Tener hijos se muestra como una desgracia. También es primordial en tal «educación» la negación de la familia. Se fomenta abiertamente el divorcio, la homosexualidad, la pornografía, las uniones sexuales «libres», el sexo sin afecto y la masturbación como expresión máxima de la sexualidad. En esta tónica se inculca a los niños que deben desentenderse de los valores tradicionales, especialmente de la religión, como la cristiana, que es descrita como estúpida y fanática. Se enseña a rehusar los futuros papeles de padre y madre, y, en general se proclama la búsqueda de nuevos valores individuales, que en realidad serán los utilitaristas y antinatalistas del «educador sexual».

El embarazo adolescente motiva todo el sexto capítulo, que amplía el tema de la atención que el movimiento antinatalista dedica a los jóvenes. El objetivo es también aquí el de evitar el mayor número posible de nacimientos por todos los medios posibles, a discreción, esterilización masiva y contracepción, y con connotaciones eugenésicas tendentes a mejorar «el producto biológico» de la sociedad. Los métodos empleados son demagógicos (confusión entre embarazo «indeseado» y «no planificado») y coercitivo o atosigante, mientras que el resultado ha sido el de un aumento del embarazo adolescente, hecho que la manipulación de la estadística no ha podido enmascarar.

De El Cairo a Pekín: ¿Cuánto vale la vida de un pobre?

Uno de los capítulos más sorprendentes es el penúltimo, dedicado a *la historia del movimiento antinatalista moderno* y a presentar *las principales organizaciones* y personajes que lo sustentan. Su ideología parte del darwinismo social, en el que aflora con nitidez la carga eugenésica y racista. Los cientos de millones de dólares que domina cada año el movimiento, dejan de sorprender al considerar el elenco de personas, empezando por presidentes de los EE. UU., y de instituciones privadas y públicas comprometidas a fondo en él: el Banco Mundial, el F.M.I., la O.M.S., la U.N.I.C.E.F., el Instituto Alan Guttmacher, el Servicio Mundial de Iglesias, la Fundación Ford, Paternidad Planificada (Planned Parenthood), la Fundación Rockefeller, la Comisión Trilateral, etc.

El capítulo final resume todo lo analizado y destaca *los retos* a los que nos enfrentamos ahora y en el futuro. Ante todo advierte que por muy lejos que se haya llegado, la situación presente se planea como una simple etapa intermedia hacia el control total de la población.

Nada cuenta la dignidad de la persona como tal, sino su utilidad social. Nada cuentan los pobres, las minorías. Ellos y todos los demás deben obedecer a lo que la élite gobernante establezca. No existe un bien ni norma universal, sino la voluntad del «experto». El control de la muerte seguirá al de los nacimientos y se pretende hacer obligatorio el criminal aborto. Pese a tantos males y amenazas Kasun concluye con una llamada a la esperanza y a trabajar. Requisitos son el recusar los proyectos de manipulación social, basados en la idea ilustrada de «progreso», el individualismo, el elitismo autocrático, el intrusismo estatal y la negación del bien absoluto.

El panorama tan realistamente dibujado no deja, en efecto, solazarse en la mera reflexión. Principalmente impele a la movilización en defensa de la vida y de los débiles. A quien ha optado por la vida humana y la dignidad de la persona, no debería resultarle opcional, sobre todo en este momento, el situarse en primera línea de la lucha a favor de la población, por la vida libre, digna y expansiva.